

Como cántaros vacíos

**Las muchedumbres del mundo son,
como nosotros mismos, cuencos vacíos
con sed de Dios**

Por P. LÁZARO FARFÁN, hc

¿Quiénes son los pobres? Una respuesta rápida hará sonreír a algunos, quienes considerarán tonta la pregunta, pues pensarán que son las dos terceras partes de la humanidad, que padecen pobreza o miseria material. Otros pensarán en los enfermos crónicos, en los minusválidos, en los que sufren por causa de la violencia o de la guerra. Alguien más pensará en la miseria espiritual... Sí, todos ellos pueden ser llamados pobres, y es que pobreza es algo relacionado con riqueza: pobre es aquel que carece de algo importante que otros tienen. Además, es muy posible que la experiencia de pobreza y de riqueza adquiera nueva dimensión sólo después de haberse comparado con otros.

Considerado así, tanto riqueza como pobreza son algo dinámico, cambiante, relativo. Lo que antes era riqueza ahora ya no lo es. Para unos, su ambición será vivir en las ciudades más "ricas" o más pobladas del mundo, otros ambicionarán vivir en un lugar campestre y solitario. El niño puede desear ser grande, el adulto puede desear ser joven, el joven puede desear innumerables cosas, el anciano puede desear la vitalidad que ha perdido.

¿Quiénes son, entonces, los ricos y quiénes son los pobres? Como la respuesta depende de la ubicación, de la experiencia y

de la fe de cada quien, contestaré desde mi experiencia de casi medio siglo, desde mi búsqueda de Jesús de Nazaret, desde mi vida surgida y compartida en medio de los pobres del tercer mundo. Una gran verdad es que todos somos pobres, limitados, necesitados. Sin embargo, hay quienes son dichosos y quienes son desgraciados.

La experiencia de la miseria material, social y espiritual sólo favorece, pero no determina la salida de sí mismo para encontrar la salvación en el Otro y en los otros. Por eso, es dramática la existencia de pobres o marginados que se automarginan de los demás y, más aún, de "Aquel que por nosotros se hizo pobre".

Cada uno de nosotros es como un cántaro vacío, como una cisterna sedienta, como un desierto anhelante. El consumismo tan propagado, los placeres tan prometedores, la promiscuidad tan en boga, las innumerables imágenes que exacerban nuestra imaginación, las ciencias que nos hacen vislumbrar realidades infinitas, las drogas que no hace sino despojarnos, vaciarnos, estrujarnos, y nos descubre miserables, vacíos, sedientos de verdad, de amor, de infinito, de salvación.

Todos sabemos que nuestra época, tan materialista, está provocando una búsqueda desesperada de lo espiritual y una sed exa-

cerbada del Dios Vivo. No debe extrañarnos la proliferación de los cultos orientales en occidente, el avance del islam en los países de antigua cristiandad, el resurgimiento de la santería y del esoterismo en Cuba, el auge del satanismo, incluso en medio de sociedades tradicionalmente puritanas, el paso imparable de cientos de miles de antiguos católicos al pentecostalismo en América Latina. Es que la humanidad busca desesperadamente al Señor.

¿Qué hace falta para evangelizar a estas muchedumbres? Hacen falta hombres y mujeres, sacerdotes, religiosos, religiosas, laicos que sean santos, que estén llenos del Dios Vivo, que con el fuego de la Caridad de Dios enciendan su Amor en las multitudes, que tengan, como Jesús, un amor preferencial por los pobres, por los marginados, por los excluidos de nuestro mundo.

¿Cómo lograr esto si muchos cristianos y consagrados llevamos dentro de nosotros el secularismo, el escepticismo, la mediocridad? Sólo reconociéndonos necesitados nuevamente de conversión, reconociendo con humildad nuestro pecado, nuestra pobreza y mediocridad ante el Señor. Sólo clamando desde lo profundo de nuestro ser al Señor que da vida a los huesos quebrantados. Sólo estando en vigilante espera, aun en medio de la noche, es como podremos ver el nuevo amanecer de la salvación de Dios.

Ha sido una gracia que el Señor haya empobrecido a su Iglesia de muchas maneras. Lejos quedan los triunfalismos, los desplantes colonizadores, prepotentes, incluso de izquierda. Recuerdo cuando en mi juventud soñaba con cambiar el mundo mediante la predicación, desde las comunidades de base, desde los sindicatos. En cambio, el Señor nos ha permitido experimentar nuestra pobreza, nuestro pecado, y también su salvación. Así es como hemos ido descubriendo los signos del Reino que se abren paso, a pesar del Anti-Reino, signos que se

reciben y se construyen como don y como tarea.

Son los grupos, comunidades, organizaciones que evangelizan con humildad y agradecimiento, conscientes de su fragilidad y de la acción del Señor a través de ellos. Es en Cuba, donde el Señor me permitió vivir durante diez años, donde descubrí la enorme fuerza de la evangelización desnuda, sin ninguna otra cosa que ofrecer que a Jesucristo. Cuando la Iglesia no tiene otra cosa que ofrecer, entonces brilla con más fulgor la presencia de nuestro Salvador. ¡Cuántos suicidas recuperaron el gusto por la vida! ¡Cuántos fueron sanados del odio, del rencor, de la lujuria, de la envidia, al encontrarse con Jesucristo! ¡Cuántas veces yo también fui librado de mi mismo al ser re-encontrado por Él!

Muchas veces, uno sueña o pide en la oración verse libre de la enfermedad, de la miseria, de la propia fragilidad. De seguro el Señor nos escucha con mucho amor y paciencia, y se hace el desentendido. Porque sabe que son precisamente esas miserias, fragilidades o heridas las que te hacen pobre y humilde, las que te hacen buscarlo a él y a los hermanos, porque sabe que, muy probablemente, si te quita esas heridas te enfermarás de autosuficiencia y de egoísmo. Por lo menos, esa ha sido mi experiencia: la pobreza y la enfermedad en mi familia han sido los lazos que no me han dejado apartarme de los pobres y de los que sufren, las heridas que siento en mí mismo y en mis seres queridos son las que me hacen mantenerme atento al dolor y sufrimiento de mis semejantes.

Entonces: *Gracias, Señor, porque me has hecho vivir en esta gran parte de la humanidad que, desde la pobreza y el dolor, te busca, te implora, te siente, te espera, te ama. Ayúdame a no separarme nunca de ti, ni de mis hermanos que sufren.*